



## ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.



AÑO II.

### PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.  
Madrid, en las principales librerías.  
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

10 de Setiembre 1878.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado . . . . . 2 ptas.  
En toda España y Portugal, trimestre, 7  
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . . . 25 »  
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas  
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

NÚM. 13.

### SUMARIO.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—El porvenir de Cuba, por FRANCISCO GONZALEZ DEL HOYO.—La familia cristiana, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Poesías: A la memoria de mi madre, por FRANCISCO DE DOLAREA.—La constancia del alma, por JOSÉ DE P. BLANCO.—Sueños, por RAFAEL A. RAMOS Amor, por JESUS PANDO Y VALLE.—La dicha, por JOSÉ MARIANO MILEGO.—Tus lágrimas, por JOSÉ JUAN JAU-MEANDREU.—Rima, por LUIS F. DEUS.—Literatura extranjera: Jacobo Watt, por EMILIA QUINTERO Y CALÉ.—Un carnélita, por J. M. GOMEZ COLON.—Noticias.—Advertencia.—Anuncios.

### ERRORES DE EDUCACION.

#### V.

##### LA SOBERBIA.

Así como en la naturaleza física hay animales inmundos y animales feroces, así en la naturaleza moral hay vicios que inspiran asco y vicios que inspiran pavor.

Grieta puede ser la conciencia en que aniden reptiles, ó gruta en que se guarezcan fieras. Semillas pueden caer y germinar en ella que produzcan el fruto nauseabundo, ó que arrojen flores de mortífero néctar.

Entre las simientes del terror, hállanse las raíces de la soberbia; y entre los productos de la fiereza, los amargos frutos de la ira.

La irritabilidad nerviosa y la intemperancia sanguínea, preparan el alma para la implantacion de las pequeñas rabias y de los graciosos despotismos del infante: y estos primeros estragos de la soberbia, truécense despues en mal caracter en el jóven, y en iracunda saña en el hombre.

Dícese que todo niño es un *débil tirano*; más no hay que confundir las imposiciones de la naturaleza, más claras y vivas en las tiernas edades en que hay que acudir más pronto á la satisfaccion de las necesidades orgánicas, con esas claras acentuaciones de la voluntad que, aunque en cosa chica, ya se anuncian como esfuerzos relativamente enormes.

Falta de docilidad y ansia del triunfo, ya indican en el pequeñuelo una cierta, aunque inconsciente, tendencia al dominio: y eso que se llama *mimo* y que no suele ser otra cosa que una complacencia imprudente, es leña lanzada en la pequeña hoguera del antojo, que puede mañana abrasar la vida y reducir á pavesas la felicidad.

Nada más doloroso que un pequeño ángel de ojos de cielo y cabellera dorada, trémulo de rabia, enrojecido de coraje, crispadas las manitas, cárdenos los labios, relampagueantes los ojos, descompuesto el bello semblante, congestionado el tierno cerebro, y desgarrada la laringe por estridentes gritos, language entónces asombroso ya, y repugnante, de la ira. Nada más digno de piedad que esa boquita rosada hecha para reir y para ser besada, exhalando balbuciente, como postreros relámpagos de una tempestad que se aleja, frases de amenaza y palabras de maldicion, enérgicas protexas de una impotencia del momento, ó señales funestas de una victoria injusta, pero siempre pronósticos de un porvenir cruel y pavoroso.

Y si es una niña, uno de esos séres, destinados á la vida del sentimiento, á la de la sumision, á la de la virtud en fin, el espectáculo aumenta en su penosa estraneza y en su punzadora repugnancia, y el espanto racional y sensible de aquellos que la contemplan no puede evitarse ni un movimiento de dolor, ni una callada acusacion contra los ciegos ó delincuentes autores de aquella obra.

Ningun vicio de mayor trascendencia que el de la *soberbia*; nunca cabe mayor responsabilidad en ese *dejar hacer* de la mala educacion, que tratándose de las manifestaciones del coraje y del despotismo.

Suelen fiar los padres sobrado en su autoridad, para corregir un día faltas iniciadas prematuramente sin duda; suelen cometer la lamentable torpeza de no ver en los primeros arranques de la rabia, los indicios de una furia indomable; suelen reir exclamando con estúpido candor: *¡Tiene geniecillo! sí; á ti sale en el caracter*: y si es varon, añade el padre enorgullecido: *¡así me gusta*:

los hombres deben tener los calzones bien puestos! y si es hembra, la madre exclama: *¡mejor; así no se dejará sopetear por ningún tuno!*

Suelen tambien, si el vicio es de familia y si los progenitores le hicieron caracter de raza y hasta timbre de sangre y blason de nobleza, aceptarle como manifestacion de la dignidad de la progenie, y aún alentarle con palabras y ejemplos como cualidad estimabilísima y garantía de que en lo sucesivo se sabrán defender los fueros aristocráticos, y vivir á cubierto de esas escandalosas aspiraciones de las clases bajas y de esas locas tendencias de las teorías democráticas.

Mil errores y preocupaciones toleran y aún favorecen el desarrollo de esos gérmenes de *soberbia*, sin observar que el error y el mal tienen una lógica terrible, y que en la ilacion de los sucesos y en la intervencion de las leyes humanas, lo que hizo la imprudencia lo recoge el escarmiento y lo que practicó la culpa lo paga la expiacion.

El vicio no es el camino de la dicha: la *soberbia* no puede conducir al triunfo: la ira no se conquista el amor ni el respeto, esas dos grandes fuentes de la ventura humana.

La mujer *soberbia* mata la felicidad doméstica: el hombre *soberbio* destruye la dicha pública: uno y otro hacen á su lado el vacío que producen el miedo y la desestimacion. Mujer con ira, es fiera que amamanta con veneno á sus hijos, de la que huye el marido y de quien rie y se burla el criado: hombre *soberbio*, es monstruo ante quien tiemblan los pueblos, de quien maldicen las víctimas y á quien odian los esclavos.

Y es que la *soberbia* solo conduce á la tiranía, y la tiranía no tiene ya colocacion en la tierra. Como la dinamita hace estallar todo á su alrededor, así salta en pedazos la familia al estallar la tiranía, y desploma en ruinas con su explosion las nacionalidades.

Los disturbios domésticos abren brechas en el hogar por donde entra la curiosidad malévola del vecino y sale la crítica sangrienta del maldiciente; y los escándalos públicos desgarran la autoridad social, con cuyos jirones, ni pueden cubrirse los que conspiran á la som-



bra, ni amordazarse á los que murmuran por lo bajo.

La *soberbia* todo lo disuelve: los que la sufren, reniegan y se debaten; los que se encuentran lejos de su feroz alcance, se mofan y la anatematizan: ser soberbio, es colocarse sobre una cumbre azotada por las tempestades; y aunque la ira también despida rayos, nada valen contra los que se cuajan en esas nubes del odio popular durante los huracanes de la indignación y de la justicia.

Inútil es que el soberbio alegue títulos á la dominación, ni presente los fundamentos legítimos de su saña: ni la tiranía puede hallar razón para sí, ni toda la grandeza de innegables méritos basta á justificar la ira ni á hacer tolerable el despotismo.

Para que la *soberbia* hallara derecho, era preciso que la esclavitud encontrara justificación; y es tan difícil que se justifique el siervo, como que se dignifique el esclavo. Luego que se demuestre que la servidumbre puede apoyarse en la naturaleza, que hay hombres que nacen para la abyección, que la igualdad ante la obra de Dios no existe, que las leyes de castas están calcadas en las leyes divinas y que puede haber un decálogo social que rompa en dos mitades el que se dictó en el Sinaí y distribuya en dos grupos á la humanidad formada en el Paraíso, la *soberbia* tendrá sus derechos, la tiranía habrá encontrado su razón y la ira habrá legitimado sus sangrientos fueros.

Mas en tanto que esto no suceda, la esclavitud será considerada como pecado contra la naturaleza; la degradación será aborto de la iniquidad; la desigualdad obra de la astucia ó de la fuerza; y las leyes de raza, manifestación odiosa de la imperfección social y del orgullo humano.

El derecho á ostentar un vicio, es un absurdo; el poder de ejercitarle sobre los demás, es infame; y aunque con frecuencia tal poder ha existido y tamaño atentado ha vivido con la grandeza y la consistencia de un derecho, esto no puede indicar otra cosa sino que no hay aberración á que el hombre no preste culto, ni bajeza á que el espíritu no se avenga.

Indudablemente que para que el hombre lleve su osadía al irritante límite de la *soberbia*, es preciso que los pueblos hundan su humildad y su resignación en las simas de la indignidad y de la vileza; mas curado el espíritu de las llagas del sensualismo embrutecedor y redimido de las cadenas de la ominosa ignorancia, la luz de la inteligencia y el calor de la dignidad personal han dado muerte á las tiranías y borrado de la historia el enrojecido fantasma de la *soberbia*.

Hoy no hay figura más chica en el mundo social, que la del tirano: la *soberbia* está condenada por sí misma á pena de vanidad: la ilustración y el progreso han batido los pedestales; la sangre y las lágrimas han derruido los cimientos, y la figura ha venido al suelo para que los pueblos escriban sobre los pedazos sus derechos ó salten sobre los ruinosos restos cantando himnos á la libertad y lanzando epigramas contra el ampuloso ídolo.

Hoy los soberbios no tienen más vida que las que les presten la indiferencia imprudente ó la tolerancia bondadosa de los demás: á sus plantas rugen sordas las conspiraciones de los menos pacientes ó de los más dignos: á su alrededor resuenan las carcajadas de los más atrevidos ó de los más burlones: nubes de un cómico culto, tributado entre sonrisas sarcásticas y murmuraciones satíricas, suben hasta su frente para enturbiar su vista, embriagar su olfato y aletargar su cerebro; y luego que el tirano se adormece con sus pesadillas de sangre ó sus desvanecimientos de triunfo, danza el mundo en su torno con modadora alegría, hasta que el coro de los que

rien abre paso á la avalancha de los que maldicen, y el déspota recibe un empuje que le precipita y le despierta, quebrantado y mal trecho, entre el polvo de sus ilusiones y bajo la realidad de su impotencia y de su agonía.

Aquel héroe de las antiguas tragedias históricas, ha pasado á ser protagonista de las modernas comedias sociales: su esfera de acción se ha reducido; y puesto que el soberbio no vive sino entre pobres de espíritu ó ricos de virtud, como quiera que estos van siendo cada vez menores en número, aquella figura, señora del mundo con tan horrible frecuencia en otros tiempos, hoy es rara aparición en ciertas clases sociales ó ridículo fantasma del hogar doméstico. Cuando la encontramos en nuestros salones ó la vemos cruzar por nuestros paseos, cubierta con esos relucientes andrajos que se dió á inventar ella misma, en épocas de torpeza y de preocupación bajo la inspiración de la vanidad, no hay labio que no sonría ó murmure, ni espíritu que no se aparte con indignación ó con miedo; y cuando acudimos á verla en el fondo de la vida familiar, con cierta ansiedad que se explica por nuestra independencia, como cuando se va á ver un loco con camisa de fuerza ó una fiera enjaulada, los que tienen el corazón de hielo se burlan de aquella monstruosidad, y los que le tienen compasivo se lamentan de aquel infortunio.

Ya no se postran los siervos envilecidos al paso del señor: ya no se estremecen los corazones al pavoroso aspecto del tirano: ya no tiene cortesanías la *soberbia*, ni hace lisongeros el miedo: hoy el pecho más humilde levanta ante la ofensa tempestades del decoro y del honor; hoy el espíritu más paciente se subleva irritado contra la injusticia y la arbitrariedad; ya no hace víctimas el orgullo, sino entre padres é hijos, esposas y esposos: porque sólo la naturaleza puede mantener vivos los lazos que sujetan á la virtud, á las plantas del déspota; y es justo ciertamente que así venga á pagar la familia culpas de la familia misma, sin que por eso dejen de ser menos horribles y menos repugnantes esos estragos producidos en los seres que más debieran amarse y respetarse.

Acorralada, pues, la fiera en su domicilio, insultada desde el exterior y acrecentada su saña con su misma impotencia, véase obligada á clavar la garra en los pedazos de su corazón y á alimentarse con su propio llanto, que es el que brota de los ojos de una esposa, y con su misma sangre, que es la que corre por las venas de sus hijos.

Tamaño infortunio suele tener por consuelo las ilusiones que engendra la misma ceguera al mirar al mundo, ó el silencio de la conciencia encallecida por el hábito de herir y de devorar dentro de casa.

Para tal vida se hace el soberbio; para tanta desdicha siembran la torpeza ó el vicio en el corazón del infante, los gérmenes de la ira, de la vanidad y de la *soberbia*.

ROMUALDO A. ESPINO.

### EL PORVENIR DE CUBA.

#### III.

DESPUES de los artículos anteriores en que hemos procurado dar á conocer al lector, siquiera sea á la ligera, lo que ha sido, es y puede ser en el porvenir la riquísima y grande isla de Cuba, y la necesidad ineludible de cimentar cualquier nuevo plan de gobierno y administración en aquella perla española, sobre la unidad de la raza blanca ó sobre la prepotencia absoluta de ésta respecto á la negra, llega ahora el turno á la cuestión difícil de la organización del trabajo libre.

En realidad esta cuestión es una misma con la de la inmigración de trabajadores blancos, y ambas se rozan muy de cerca con la de la forma que haya de darse á la propiedad rural para entregar resueltamente al cultivo las dos mil y pico de leguas cuadradas de terrenos vírgenes ó asolados por la guerra que allí existen y existirán sin provecho de nadie, hasta que alguien se encargue de someterlos al trabajo y á la producción; pero algo hay que decir por separado sobre cada una de estas materias, y sería además imposible tratarlas juntas en un artículo sin hacerlo oscuro y demasiado largo.

Digamos, pues, para empezar, que es un error y error de bulto, aunque tenazmente sostenido hace siglos por la preocupación universal, el que consiste en creer que sólo el negro puede soportar los trabajos agrícolas bajo el sol de los trópicos; y otro error no menos patente y añejo, que el hombre blanco sea realmente inferior al negro en punto á fortaleza para todo género de fatigas en cualquier clima.

Esas opiniones han quedado ya desvanecidas por una multitud de hechos que están á la vista de todos, como luego demostraremos; pero sin duda ellas subsisten con el apoyo de las más dulces apariencias y el que le prestan los apetitos tentadores de la comodidad y del regalo, que tanto persuaden y convencen por su seductora elocuencia, cuando hablan á la fácil pereza y á la indolente holgazanería.

Esta frase, *trabaja más que un negro*, debió acreditarse desde luego como la expresión de una verdad absoluta, porque respecto á trabajo, sabido es que cada cual se conforma fácilmente con el menos posible, con tal que se le reserven todas sus ventajas; y los hombres blancos, tan amigos de privilegios y de regalías, no habían de disputar á los pobres negros, sus esclavos, el honor de cultivar ellos solos los fértiles campos cuyas cosechas les pertenecían, así como sus personas.

Es la América, esa colosal recién nacida, la más grande esperanza del género humano; pero se encuentran en ella fatalmente esculpidos todavía, los rasgos más acentuados de sus audaces descubridores. Estos no eran, como es sabido, los hombres del trabajo, sino los hombres de la guerra: sus hábitos, sus costumbres estaban formados, no por los días consagrados á las artes de la paz, sino por siete siglos de batallas: su espíritu, sediento de aventuras no estaba regido por la razón, ni amestrado por el cálculo, ni alumbrado por la ciencia, ni siquiera humanizado por la religión.

Aquellos hombres tenían el alma de acero como su espada toledana; y allá se lanzaron tras de Colón y tras de Cortés respirando valor y ansia de combates; pero desdeñando desde el primer día las humildes faenas campestres y todos los trabajos verdaderamente honrosos y honrados, como indignos de sus bríos. Sin embargo, las riquezas los tentaron, la avaricia hirió sus férreos pechos, y los que fueron antes nobles y valientes guerreros, trocáronse en duros y crueles señores, y la antigua ansia de gloria cambiábase en deseo ardiente de goces, de lujo y aún de torpe y afeminada molición; que en todas partes y en todos tiempos son los mismos los apetitos y nunca falta una Cúpua seductora para enflaquecer y corromper los ánimos más enteros y soberbios.

Debieron, por desgracia, recordar á la sazón, que en su patria habían dejado meses antes, siervos y cautivos, mahometanos, nobles, plebeyos, señores y pecheros, entre sus hermanos mismos, y que el derecho de la guerra había hecho siempre esclavo al vencido y dueño al vencedor; y pasando rápidamente del razonamiento al hecho, quedó trasplantado en el acto en el nuevo mundo ese bárbaro derecho del mundo antiguo; bien que para darle un color al gusto de la época, que comenzaba á vislumbrar algún rayo de las modernas doctrinas humanitarias, se imaginó atenuar el atentado con el pretexto de hacer cristianos á los conquistados naturales, y así se halló muy justo esclavizarlos y sujetarlos á los más duros y excesivos trabajos á cambio del beneficio del cristianismo.

De este modo los infelices indios fueron acaso cristianos; pero eran débiles y afeminados y sucumbieron en gran número, y entonces levantó la voz un hombre extraordinario, el Padre Fray Bartolomé de las Casas, para salvar los restos de aquella pobre raza, aconsejando en mal hora la importación de negros



esclavos á fin de relevar á sus defendidos de las faenas superiores á su complexion. ¡Así empezó la malhadada esclavitud de los negros en América!

La grande alma de aquel sacerdote, cuyo nombre se pronunciará en toda la tierra con lágrimas de cariño, en tanto que haya corazones capaces de amar la austera virtud, había llevado dichosamente á la virgen América el alma no ménos grande y noble de Isabel la Católica, y gracias al fervoroso apóstol y á la esclarecida soberana, la emancipación de los indios quedó consagrada de derecho, si no de hecho, al poco tiempo y para siempre.

Pero ¡ay! así como la reina inmortal tuvo la desgracia de desmentir su gran corazón y de manchar su gloria decretando la expulsión de los judíos y dando entrada en nuestra patria al horrible tribunal de la Inquisición, á la vez que defendía la libertad de sus hijos americanos, también el esforzado defensor de los indios echó un borron sobre su fama imaginando una esclavitud en lugar de otra; que tal es de inconsecuente y de incapaz, con mucha frecuencia, el corazón de los mortales, aún siendo de los escogidos por Dios mismo para los más gloriosos destinos!

Los errores, sin embargo, se deshacen, las ficciones mueren, la maldad sucumbe y sólo la inquebrantable verdad y la eterna justicia triunfan para siempre. Los siglos han venido y la ternura maternal de Isabel la Católica y el celo apostólico del P. las Casas en favor de los naturales americanos, han sido tomados por nuevos apóstoles, no ya para una raza particular, sino para todas las razas humanas; y el amor á la libertad, y el amor á la justicia, al derecho, á la ciencia y al progreso, ha hecho iguales y libres y nobles á todos los hombres.

Aquella esclavitud, creando una clase desheredada de todo derecho y otra clase privilegiada que debía apropiarse todos los gozos de la vida á expensas de la primera, envileció naturalmente el trabajo, fuente para nosotros de toda salud, y como sin él no puede existir virtud alguna, al instante vinieron á corromperse las costumbres, y nadie quiso ya desempeñar ciertos oficios porque los había manchado la servidumbre; de modo que se introdujeron nociones falsas acerca del bien y del mal, quedando convertido en blanco lo que era negro y en causa de desdoro lo que nunca pudo dejar de ser honrado.

Pero la Providencia no tolera jamás impunemente la desobediencia á sus leyes y los pueblos americanos experimentaron, como todos, merecidos castigos; hasta que aleccionados por duros escarmientos empiezan ahora á buscar la paz y la salvación común, la verdadera riqueza y el progreso, en la inteligencia recta y en la práctica sincera de la justicia y del derecho que prescriben, sin excepción, el santo trabajo como base necesaria de toda moral humana, y guía infalible de nuestros pasos por los senderos de la vida.

Un error criminal engendró una serie de errores cada vez más trascendentales, todos cubiertos con la holgada capa del bien parecer, de la costumbre, del buen tono y de la decencia, según los falsos espejismos de la vanidad. De ahí debió nacer en todos tiempos y países ese mal disimulado desprecio hacia los trabajos que se llamaron serviles y hacia los pobres trabajadores, y hoy todavía ¡oh poder terrible de la preocupación y del hábito! á despecho de nuestra conciencia que los aplaude, cubrimos de la vista del prójimo ciertos trabajos humildes con más cuidado que si fuera algún delito grave!

Hé aquí porque había decretado el mundo con toda comodidad, sin que nadie haya puesto empeño en desmentirlo, que los blancos por ser blancos no podían soportar los trabajos adjudicados desde hace tres siglos á los esclavos negros por la dura ley de la fuerza; aunque todos han podido ver claro á la luz del medio día, que esos negros ni son más fuertes, ni más resistentes, ni más trabajadores que nosotros; que sus brazos no son más robustos que nuestros brazos, ni su cuerpo más vigoroso, ni más ágil, ni más sano que nuestro cuerpo.

«Nosotros no podemos soportar las rudas faenas del campo bajo los ardores del Sol tropical; los negros sí pueden sufrirlas.» Así nos hemos dicho buenamente en tanto que el viento de la fortuna sopla de nuestro lado para excusarnos de doblar la cerviz al santo pero doloroso yugo, hasta que la necesidad, la

inflexible necesidad, dura y universal maestra, ha venido á revelarnos que no eran las fuerzas las que nos faltaban para competir con los negros y vencerlos en toda suerte de trabajos y en cualquier clima, sino la voluntad y sobre todo el estímulo de leyes justas y severas y el ejemplo de honradas costumbres.

Poco á poco, desde que solemnes tratados internacionales pusieron un dique al comercio de esclavos, se ha visto afluir á los campos de Cuba un número cada día mayor de trabajadores blancos (sin contar los chinos para los cuales tendremos mención aparte cuando les llegue la hora); y así el viajero reflexivo contempla allí rivalizando valientemente con los negros en toda especie de faenas, infinitos *guagiros*, *estancieros* ó *vegueros*, que todos esos nombres reciben en la grande Antilla los campesinos de nuestra raza, manejando con brio el arado y la carreta, la azada ó *guataca*, el pico, el hacha, el *machete* (que es la podadera del país) y toda clase de instrumentos agrícolas, en medio del día, con un calor que al cabo excede poco al de nuestra Andalucía, sin dar señales de extraordinaria fatiga, con una fuerza igual ó superior á la de los más robustos hijos del Africa.

Llámanse *estancieros* comunmente los pequeños propietarios ó arrendadores que tienen por ocupación el cultivo de viandas, hortalizas y frutas y la cría de aves y algunos animales domésticos, y *vegueros* los que cosechan en grandes cantidades el mejor tabaco del mundo; mas unos y otros se designan también con el nombre genérico de *guagiros* como los guardadores del ganado vacuno y caballar en los inmensos potreros de la isla; en la inteligencia que todos estos individuos son blancos y alguna vez, por excepción, se les ve algún negro que no trabaja más que sus amos.

Sólo el *ingenio*, donde se cultiva en grande escala la caña dulce y se fabrica el azúcar, y á veces el extenso *cafetal*, emplean casi exclusivamente *cuadrillas* numerosas de negros con sus *capataces*, especie de cabos de la misma raza, bajo el mando superior de *mayorales* blancos, que son como los coroneles de aquella infeliz milicia.

Esa especial organización del trabajo esclavo en los ingenios y otras grandes fincas, creó la repugnancia de los blancos á las labores campestres que ellos veían mancilladas por la dura servidumbre, pues el hombre huye cuanto puede de parecerse ó igualarse á los desgraciados; y la costumbre hizo valer como una verdad el concepto erróneo de que nadie más que los negros podían soportar sus ordinarios ó extraordinarios trabajos, aunque á pocos pasos de ellos han estado luego trabajadores blancos labrando la misma tierra sin envidiar salud ni fuerza á los más aventajados de los pobres esclavos.

Empero los tiempos habían de llegar y por dicha han llegado ya. Ahora tenemos contra nosotros una herencia espantosa de costumbres criminales y de preocupaciones absurdas que han manchado nuestra historia y oscurecido nuestra conciencia durante siglos; pero también tenemos en nuestro abono una expiación terrible y reciente que borra las pasadas culpas y nos dispone para entrar con fe en las nuevas y verdaderas vías de la justicia, de la moral y del progreso.

La guerra, ese horrendo castigo con que Dios sabe ablandar en último término los corazones más rebeldes, se ha encargado de hacer duras y callosas las pulidas manos que antes se resentían de cualquier leve ejercicio; los brazos que blandieron con furor la espada ó sostuvieron el fusil durante diez años, son ahora rudos y vigorosos cuanto fueron flexibles y débiles cuando sólo manejaban con indolencia el ligero bastón de junco ó de caña: la intemperie, las privaciones y las fatigas marciales, han dado consistencia y fuerza muscular á aquellos cuerpos, ajenos antes á toda faena; los rostros más afeitados y sedosos tienen ahora el majestuoso sello de la viril pujanza, y todo aquel pasado terrible ha debido preparar la generación cubana actual para emprender desde luego sin extrañeza ni violencia esos trabajos rudos, pero necesarios, que son aún en aquel clima, simples juegos de recreo comparados con la portentosa energía física y moral desplegada en la fenecida y tremenda lucha.

También nuestros soldados, oficiales y jefes, que han recorrido una y muchas veces el interminable suelo de Cuba, atravesando á cada hora sus profundos rios sin puentes y sus espesísimos bosques sin cami-

nos; los que durante años y años han hecho jornadas diarias de seis, ocho y diez leguas recibiendo á torrentes la lluvia y el fuego con sangrientos combates á cada paso; los que sólo tuvieron el Cielo por techumbre y la húmeda ó hirviente tierra por albergue en tan largas penalidades; los que levantaron con sus brazos miles de campamentos y de fuertes trincheras y tendieron y sostuvieron el alambre eléctrico, cada día destruido, en una extensión de más de 150 leguas; los que hicieron todo esto llevando de continuo sobre sus hombros el pesado fusil y una cartuchera con cien cápsulas, y un morral con alguna ropa para relevar la puesta cuando se hacía pedazos ó cuando la lluvia ó el sudor la empapaban, y una manta para descansar sobre el duro suelo; y además, á veces, la galleta, el arroz, el tocino y la sal que habían de consumir por único alimento, en cuatro, cinco ó seis días: los hombres que han sido superiores á tan increíbles trabajos, saben muy bien que ellos y todos los demás individuos de su raza, pueden vivir holgadamente y llamarse felices y no fatigarse demasiado desempeñando las tareas campestres impuestas allí á los indolentes y perezosos negros, que al fin trabajan poco y mal, porque no trabajan para sí mismos.

¿Qué significan en verdad los ponderados trabajos de estos infelices, aún los más recargados, puestos en cotejo con la extrema pujanza desplegada durante la inacabable contienda en uno y en otro bando, por individuos de nuestra raza, bajo el mismo Sol tropical que se dice incompatible con el trabajo de los blancos?

Ciertamente nada, porque ni los cubanos blancos ni nosotros peleábamos á la sombra, ni los unos ó los otros tuvimos más preservativos, recursos y cuidados que los que de ordinario disfrutaban esos trabajadores, sino muchos ménos y muy mayores fatigas y privaciones.

«¡Por eso han muerto tantos!» se nos dirá, y es la verdad; pero omitanse (como estarán ya omitidos por la paz) la intemperie á media noche y á medio día, los trabajos redoblados, las marchas forzadas, las jornadas de uno y otro día con el agua á la rodilla, el alimento insuficiente, el combate y el peligro á cada hora y el sueño y el descanso sobre cieno pestilente; y póngase en lugar de esto un trabajo moderado que empiece á las cinco y termine á las diez de la mañana para volver á empezar á las dos de la tarde y acabar definitivamente con el día; un albergue ventilado, ropas ligeras, alimento sano y abundante, y cómodo y fresco lecho en forma de catre ó *hamaca*; y entonces veremos que la mortalidad apenas pasará de las proporciones que tiene en cualquier país.

Todos, pues, somos aptos para trabajar, lo mismo en Cuba que en el resto de la tierra, que por algo nace el hombre y persiste desnudo, y se pone más ó ménos abrigo á su placer, según se lo exige el punto del planeta donde se encuentra.

Pero el trabajo libre en Cuba requiere una división de la propiedad rural en proporciones acomodadas á las fuerzas de cuatro ó seis trabajadores, que son los que puede suministrar una familia ó un pequeño grupo de asociados; porque no hay que esperar que los blancos, ni aún los negros emancipados, transijan con las antiguas *cuadrillas*, *capataces* y *mayorales*, cuya memoria dejará para siempre manchada la odiosa y espirante esclavitud.

No por eso perderán nada de su valor las grandes fincas: al contrario, es seguro que le doblarán muchas veces según la población aumente, por el mejor cultivo y los más abundantes rendimientos: es decir, que los ingenios, cafetales, etc., no tendrán las *negradas* de costumbre, pero verán nacer en sus dilatados campos, junto á los ricos cañaverales y demás plantíos, bandadas de caseríos alegres levantados por los trabajadores libres, propietarios ó arrendatarios de sus lotes de tierra, quienes venderán la caña sazónada á los ingenios, y éstos la molerán y fabricarán el azúcar con una ganancia superior á la que tuvieron antes y podrían tener en lo sucesivo, en el caso dichosamente imposible de que conservaran sus 300 ó 400 trabajadores esclavos; ó entregarán el café y demás frutos al comercio, como se hace en todas partes con diversos productos.

Nuestro trigo no se almacena ni se mide al lado de las eras; el acarreo lo lleva á los molinos para convertirlo en harina, ó lo trasporta en granos á los centros



de población para el consumo ó para el comercio, según lo exigen las conveniencias; y las uvas acuden á los lagares desde largas distancias para ser convertidas en vino y entrar bajo esa nueva forma en la circulación y en el tráfico, ni más ni menos que otra multitud de frutos; y en Cuba mismo sucede con el valioso tabaco, que el *veguero* sólo se cuida de cultivarlo y acondicionarlo para que pase á las fábricas de tabacos y cigarros que se hallan á largas distancias en las ciudades, de donde sale trabajado y aderezado en disposición de recorrer el mundo.

Pueden, pues, existir y existirán en Cuba los riquísimos ingenios con el trabajo libre, más rico mañana que hoy, con la diferencia de que en lugar de un batallón de infelices negros, tendrán por dotación un regimiento de honrados, libres y felices ciudadanos. En cuanto á las demás grandes fincas no destinadas á producir la caña de azúcar, se subdividirán lentamente en porciones regulares con ventaja para todos.

Digamos, en fin, que en Cuba vá á entrar forzosamente el trabajo, como en el resto de la tierra, por las anchas vías de la libertad y de la justicia; y por consiguiente, que debe y ha de ser igualmente obligatorio para blancos y negros, so pena de incurrir en el enojo de severas leyes, que no pueden hacer diferencia de colores, que sin duda se dictarán sabias disposiciones, si ya no están dictadas, para regir en sus primeros pasos el trabajo libre, y por lo demás, que no quedará en breve otra alternativa en aquella tierra como en todas, que la de sucumbir al trabajo ó resignarse á desaparecer.

Leyes para combatir la vagancia sobran, y bellos discursos encareciendo las excelencias del trabajo, no harán falta tampoco, aunque nadie por eso se apresura á tomar para sí las lecciones que le parecen inmejorables respecto al prójimo. Lo que no sobrarán tanto en Cuba, son las facilidades al alcance de todos, para que cada uno pueda dedicarse con honra y fruto al cultivo de los campos, ni el conocimiento detallado de los infinitos tesoros que guarda aquel fecundo suelo, tan desconocido casi allí como aquí.

Para obviar estos inconvenientes, deberían formarse en las capitales de las seis nuevas provincias sociedades patrióticas de hombres inteligentes y *amigos verdaderos del país*, que tomarán á su cargo con empeño promover la labranza de sus campos, facilitando recursos á los nuevos colonos. Si esto se hiciera con insistencia y tales sociedades se multiplicaran por los pueblos, y en todas partes se alentara con recompensas el cultivo de aquellas inmensas extensiones vírgenes, se vería en el corto plazo de ocho ó diez años algo más que doblada la actual riqueza de Cuba y enjugada acaso por completo su deuda, y cicatrizada las hondas heridas que la ha dejado la guerra.

También conduciría grandemente á ese mismo fin, un *Tratado elemental de Agricultura Cubana*, claro, exacto y compendioso, que convendría vulgarizar inmediatamente por toda la isla y por España, para que todos sepan cuántas riquezas tienen al alcance de la mano á poco que las busquen, y de qué modo, con un trabajo moderado de algunos años, es fácil crearse un porvenir decente y un abrigo seguro para hijos y nietos; en lugar de vejetar en la inacción ó vivir tristemente sujetos á un mísero jornal, siempre insuficiente para la vida del trabajador é incapaz por completo de subvenir á las necesidades de una familia.

Es preciso, en una palabra, poner á la vista de todos, las riquezas que yacen ignoradas en aquellos dilatados bosques; depositarios de las maderas más ricas del mundo, cuyo suelo virgen espera que le llegue apenas alguna débil semilla para devolverla dos ó tres veces multiplicada en magnífico fruto; que sepan también cuántas y cuán ricas cosechas brindan á mil generaciones los extensos valles ó vegas que parecen expresamente aparejados para recibir la dulce caña, el oloroso tabaco, el rico cacao y el dorado maíz; y aquellas lomas suaves en que, con tanta galanura, arraigan los floridos y pingües cafetales.

¡Ay! que se persuadan bien los cubanos y los españoles que han ido ó vayan á Cuba, de que el trabajo libre y honrado es el camino más corto para llegar á la felicidad, y que no olviden jamás que las horribles catástrofes pasadas son el fruto de la prevaricación y de la infamia!

Los avisados sobrevivientes de la rica y hermosa isla en particular, deben conocer ya de sobra que cualquiera que pierde la inocencia, sea un individuo, sea un pueblo, sea una idea ó una institución, está condenado irremisiblemente á ser arrojado de la tierra, como lo fueron Adán y Eva del Paraíso después de su pecado.

FRANCISCO GONZALEZ DEL HOYO.

Almería 1878.

#### LA FAMILIA CRISTIANA.

EN vano buscaremos en los diversos sistemas políticos á que se somete la sociedad actual, la causa de su lamentable decadencia, de su triste empobrecimiento. En vano culparemos á la rápida sucesión de ideas, que lleva su chispa eléctrica á las masas, ni á la sed de ciencias, de novedades, de progreso, que es el distintivo de la presente generación.

Todo esto es un efecto natural de otra causa más importante, pero no la causa misma. Es el reflejo, digámoslo así, pero no la luz.

Esta hay que buscarla, no en la sociedad, caudalosa corriente de la vida, sino en el nacimiento de esa corriente, en el manantial de que brota: en el hogar, en la familia, en la educación.

En ese pequeño centro, que es una reducción de la sociedad, se encuentran en su germen invisible cuantas virtudes y cuantos vicios pueden elevar ó envilecer una raza. Y no es preciso para analizarlos un detenido estudio, ni un gran conocimiento de las pasiones humanas, adquirido en la historia del mundo.

Basta una mirada, por más que sea sencilla y rápida, para conocer qué puede esperarse de uno de esos troncos á que llaman familia, del cual brotan las ramas sociales.

El estudio de un hogar, por humilde que éste sea, lo dice todo.

Si encontramos en él la idea puramente cristiana, el lazo del amor de Dios uniendo todos los corazones que á su sombra palpitan, la esperanza de la recompensa divina como un aura del Cielo que desvanece las penalidades de la vida, entónces podemos detenernos sin temor en observarle.

Allí son comprendidos y cumplidos todos los deberes; allí hay un lugar señalado de antemano para cada uno de los individuos de que esa familia se compone: lugar que no se cambia ni se olvida, porque la vida está basada en el cumplimiento de esas sagradas leyes.

La autoridad dulce y severa del padre; la obediencia respetuosa y natural del hijo; el amor infinito, purísimo, de la madre y la esposa, no son sentimientos mal aprendidos, que un soplo de orgullo, de egoísmo ó de soberbia puede desvanecer: son sentimientos innatos en el alma, arraigados en el corazón por el convencimiento, por el ejemplo, por la más santa de las costumbres, por la costumbre del bien.

Allí no hay confusión, no puede haberla; es una república santificada en su principio, en la cual Dios mismo ha trazado á cada ser su diverso destino.

Es una ley acatada y venerada; es un deber cumplido con la santa alegría de la virtud. Desde que la vida brota en el hogar cristiano hasta que esa misma vida se confunde en la corriente pública, hay en la educación de esa familia, que sin esfuerzo se transmite á sus vástagos, tales gérmenes de virtud, tal claridad en la comprensión del deber, tan profundo conocimiento de lo que éste prescribe, que no hay que temer lo olvide el hombre que ha bebido en esas puras fuentes las primeras nociones de la razón y el derecho. Signiéndole en sociedad le vereis siempre leal y sincero; le vereis magnánimo y generoso, justo y fuerte, porque todas esas grandes virtudes no se aprenden con la experiencia propia: se heredan por medio de la educación de nuestros padres.

Pero desgraciadamente nos hemos olvidado de ello; el hogar de hoy apenas guarda una sombra del hogar cristiano en que nacían héroes y santos, nobles patriotas y dignos ciudadanos.

El hogar es hoy, no el centro del amor, de la fé, del deber para la familia, sino una especie de lugar de descanso para cada una de las personas que la forman, al

cual concurren lo estrictamente necesario para satisfacer las necesidades materiales de la vida.

En el hogar moderno—hablamos de la generalidad, pues bien sabemos que hoy, como siempre, la religión y la virtud se ocultan en muchos corazones,—todos los lazos están rotos, todos los deberes olvidados.

La familia está desunida.

Aquel dulce calor que era el foco del amor del alma, el cual se extendía en suaves oleadas desde el centro á la orilla, es decir, desde el jefe natural de la casa hasta el último y más miserable de los criados, se ha extinguido; hoy no se unen todos aquellos poderes en un solo poder; hoy la obediencia de todos no secunda á una sola voluntad; hoy cada ser se erige en dueño de su corazón y sus acciones; la obediencia, ese aprendizaje suave que parece acostumbrarnos á dominar nuestras pasiones, es tenida como una humillación; la inocencia es necedad; la humildad para un poder superior, es envilecimiento.

Y esto es una consecuencia natural de la educación moderna, y de los ejemplos en que la generación que nace se forma.

Al quitar á todas las acciones del niño, del joven y del hombre, esa sombra sagrada de conformidad á una ley divina, ese molde inmaterial y purísimo á que han de ajustarse, según los preceptos religiosos; al desenvolver de los velos de castidad moral en que la familia cristiana envuelve el pensamiento, esa idea naciente, primera chispa en que se revela la llama de la pasión que oculta alienta en el alma, ya no hay que esperar ni de ese corazón ni de esa inteligencia grandes virtudes ni abnegaciones sublimes; como no hay que esperar pureza de la corriente que, trocado su curso, al formarse un nuevo cauce arrastra el cieno á su paso.

Ese abandono de preceptos religiosos, de máximas puras, de ejemplos de virtud, traen la confusión para el espíritu, el endurecimiento para el corazón, la indiferencia para el alma.

La familia cristiana es la esperanza de las sociedades, porque sólo de ella puede esperarse elevación y grandeza. Ese hogar, al parecer tan humilde, tan olvidado, es el filón escondido que puede ofrecer los tesoros de la virtud y el honor á la sociedad en que se oculta. Ese hogar puede ser, y lo es sin duda, el centro del verdadero progreso, de ese progreso que es la aspiración de lo perfecto por medio de lo bueno; puede ser el manantial nuevo que, brotando en la soledad, extiende sus aguas puras para fertilizar y hacer floreciente ese desierto en que su corriente se desarrolla. Ese hogar que recibe de la sociedad la consideración y el respeto, devuelve á esa misma sociedad, centuplicados, estos favores, pues la familia honrada, la familia religiosa, la que forma con sus costumbres el ejemplo y el modelo de la gran familia social, es para los sentimientos de honor y virtud una especie de depósito productivo en que vemos crecer y formarse la idea cuyo germen se depositó en ella. La familia cristiana es la expresión más bella del progreso humano, tal como la razón y el corazón la comprenden.

Al quejarnos del desnivel en los poderes; de la aventurera impresión de ilusorios deseos; de la loca agitación de sensaciones; de la frialdad en las virtudes y la indiferencia en todo cuanto hoy corrompe en la vida social nuestras costumbres, nuestras creencias y nuestra fé, no busquemos la causa en las agitaciones políticas, en la variedad de sistemas, ni en la práctica de las modernas ideas; busquémosla sólo en el hogar doméstico; busquémosla en la desunión de la familia con su Creador sublime; busquémosla en el sentimiento religioso, casi extinguido.

Nuestra familia actual, en su generalidad, más que la concepción cristiana, recuerda la del paganismo.

Aquel cuadro de belleza sublime que Dios trazó como centro de la vida, está alterado, confundido, olvidado casi del todo por los que en él debieran sostener sus derechos á la felicidad.

Esta es la única causa de los males que á la sociedad afligen, y á esta causa debe consagrarse una atención preferente.

Purifíquense las costumbres allí donde nacen; santifíquese la vida allí donde brota, y la sociedad se habrá regenerado. Creemos sobre las ruinas del *indiferentismo* moderna la familia cristiana; venzamos con la virtud á esos paganos del dios Yo, que pretenden arrebatarnos nuestras santas creencias; y el día que el ho-



gar vuelva á ser el santuario de la divinidad en su relacion sublime con la familia, podremos descansar tranquilos, porque, al regenerarse la familia, la sociedad quedará regenerada.

PATROCINIO DE BIEDMA.

#### Á LA MEMORIA DE MI MADRE.

Ni el tiempo con su rápida carrera,  
Ni las risueñas galas de la suerte,  
De mi pecho podrian borrar tu muerte,  
Tus bondades, tu amor, tu vida entera.  
Madre adorada, si bajar pudiera  
Al fondo de la tumba para verte,  
Allí donde tu cuerpo yace inerte  
Mi sentida plegaria te dijera.  
Tú que por tus virtudes en el mundo  
La mansion de los justos has ganado  
Y ves el desconsuelo tan profundo  
Que siente el corazon de tu hijo amado,  
Acoje desde el sitio de tu gloria  
El amor que vá envuelto en mi memoria.

FRANCISCO DE DOLAREA.

Cádiz: 1878.

#### LA CONSTANCIA DEL ALMA.

Bien haya el dichoso día  
Que cruzaste mi camino,  
Ensueño puro y divino  
De mi ciega idolatría.  
Por tí nació la alegría  
En mi corazon ardiente;  
Por tí concibió mi mente  
La expresion del infinito  
Y por eso me limito  
Á quererte eternamente.

Siguiendo mi suerte dura  
Tras mil azares corrí,  
Y por do quiera que fuí  
Huyó de mí la ventura.  
No hubo goce ni amargura  
Que calmase la pasión  
De mi constante ilusion;  
Y entre mi delirio insano  
Buscaba tu ser en vano  
Por toda la creacion.

Como luz clara y brillante  
Suspendida en el vacío,  
Te soñaba el pecho mio,  
Sola, triste y palpitante.  
Loco de amor y anhelante  
Con la pena más sombría,  
Un día tras otro día  
Se deslizó mi existencia;  
Y al par de tanta vehemencia,  
¡Que grande la pena mía!

Yo escuchaba por do quiera  
Tu constante suspirar,  
Y hasta te sintió llorar  
Mi exagerada quimera.  
En el bosque, en la pradera,  
En la corriente del río;  
En la tierra, en el vacío,  
En el más profundo abismo,  
Vi fundirse en uno mismo  
Tu lamento con el mio.

Los apacibles fulgores  
De las lejanas estrellas,  
Los creí por ser tan bellas,  
Tus emisarios de amores:  
Y entre infinitos dolores  
Sin hallar tu imagen pura  
Los miraba en noche oscura,  
Aunque en ellas nunca hallé  
Para alivio á mi amargura,  
La esperanza que soñé.

Ebrio de afán, vi tu aliento  
En las brisas de los mares;  
Tus suspiros á millares  
Llegaron á mi aposento  
Sobre las alas del viento:  
Y pasando así mi vida  
Te encontré, mujer querida,

En fuerza de mi constancia,  
Como flor cuya fragancia  
Dice donde está escondida.

¡Cuántos años ví pasar  
Buscándote inútilmente!...  
Mi vida ha sido un torrente  
De dolores sin cesar;  
Y siempre fué mi pesar,  
Una cadena infinita  
De anhelos y sinsabores;  
Mi alma, un jardín sin flores;  
Mi corazon, flor marchita  
Del destino á los rigores.

Hoy mi existencia se trueca,  
En el eden más profundo  
Que haber pudiera en el mundo;  
Renace la flor ya seca,  
Que sólo lució un segundo  
En mi espíritu, al nacer:  
Y tu sonrisa, mujer,  
En la que cifro mi anhelo,  
Será mi dicha, mi Cielo,  
Mi esperanza, mi placer.

De mi suerte el cruel rigor  
Templarás con tu cariño;  
Yo para tí seré el niño  
Que á su madre pide amor;  
Yo calmaré tu dolor  
Con solicitud sin par;  
Cumpliré sin vacilar  
La ley de tu pensamiento,  
Y ántes me falte el aliento  
Que te llegue yo á faltar.

Yo velaré por tu calma;  
Mi corazon será el lecho  
Donde repose tu alma,  
Y tu amor será la palma  
Á que aspirará mi pecho.  
No habrá dicha para mí,  
Que jamás sin tí la quise  
Desde el punto que te ví;  
Y besaré siempre, allí  
En donde tu planta pise.

De blanca luna al fulgor  
Que por su disco rebosa  
En la noche silenciosa,  
Yo calmaré tu dolor:  
Mi pecho con tierno ardor  
Te proclamará su dueño;  
Y al darte el dulce befeño  
De sus halagos sentidos,  
Sofocará sus latidos  
Para no turbar tu sueño.

Cuando al nacer de la aurora  
Abrás esos lindos ojos  
Que apaciguan los enojos  
Del corazon que te adora,  
Los miraré en esa hora  
Palpitante de alegría;  
Y me hallarás, vida mía,  
Tan lleno de afán y amores,  
Cual de perfumes las flores;  
Como de su luz el día.

JOSÉ DE P. BLANCO.

Valencia, 1878.

#### SUEÑOS.

Á LA SIMPÁTICA POETISA PATROCINIO DE BIEDMA.

Era la tarde: al Poniente  
La luz pálida del día  
Languidamente venia  
Su resplandor á ocultar.  
Y en alas del viento leve  
Las nubes tendiendo el vuelo  
Hacen en lo azul del Cielo  
Sombra oscura destacar.

El ave errante buscaba  
Tras la fatiga el reposo,  
Bajo del árbol umbroso  
Que Primavera vistió.  
Y sus postreros cantares  
Con regocijo entonaba  
Que la brisa se llevaba  
Y que el eco repitió.

En esas tranquilas horas  
De dulce y plácida calma  
En las que no sabe el alma

Si siente gozo ó pesar;  
Cerré mis cansados ojos  
Bajo un recuerdo halagüeño  
Y sobre mi frente, el sueño  
Sus alas vino á agitar.

Y del dilatado espacio  
Un ángel puro y hermoso  
Con encanto prodigioso  
En mis sueños vi surgir;  
Que con armónico acento  
Y sublime poderío  
Atravesando el vacío  
Al mundo vino á decir:

Yo soy el arte, dulce reflejo  
De portentosa divinidad,  
Que mundos cruzo y en ellos dejo  
De mis poderes la majestad.

Y soy el genio que rutilante  
Mi paso marco por donde quier,  
Alumbro el caos con luz brillante  
Y vida eterna doy al no ser.

Yo di á Ticiano genio fecundo,  
Á Miguel Angel y Rafael  
Esos colores que admira el mundo  
Y que brotaron de su pincel.

Yo di al Petrarca, al Tasso, al Dante  
El sacro fuego de inspiracion  
Y di la idea que centelleante  
Mundo ignorado le dió á Colon.

Yo siempre pródigo tendí la mano  
Al gran Cervantes, nombre inmortal,  
Y di á los Papas, un Vaticano  
Y di á los Reyes, un Escorial.

Yo soy el arte genio fecundo  
De portentosa divinidad;  
Sin mí no existe gloria en el mundo,  
Y soy el Angel que todo inundo  
Con claros rayos de majestad.

Tal fué mi sueño; mis ojos  
Dirigí hacia el Occidente  
Y una ciudad floreciente  
Entre resplandores vi.  
Era Cádiz: yo en silencio  
Contemplaba entusiasmado  
Del arte al ángel preciado  
Su genio infundiendo en tí.

Y ví también que de flores  
Y de laureles y gualda  
Enlazaba una guirnalda  
Para tu frente adornar:  
Y al escuchar tus acentos,  
Emanaciones del Cielo,  
Detuvo el ángel su vuelo  
Para escucharte cantar.

RAFAEL A. RAMOS.

Gáldar (Canaria): 1878.

#### AMOR.

Si amor es melancólico suspiro,  
Si es el amor una ilusion perdida,  
Dejadme suspirar eternamente  
Y vivir de ilusiones mientras viva.

JESUS PANDO Y VALLE.

Oviedo: 1878.

#### LA DICHA.

¡Qué lujo de engaños presenta la vida!  
¡Qué ilusion más fugaz siente el hombre  
Que espera la dicha!

Como el mar que soberbios palacios  
Retrata en sus linfas,  
Forja el ser en su mente los sueños,  
De grata alegría,  
Y despues... y despues... todo roca...  
Y arena, y cristales, y espuma perdida...

Como el Sol que en su lecho de grana  
Los rayos reclina,



Y corona el azul de los Cielos  
Con nubes de rosa que esparcen delicia;  
Nuestro pecho recibe fulgores  
Del Sol de la dicha,

Y al azul de los Cielos del alma  
Le da rojas tintas...  
Y despues... y despues... todo sombra...  
La noche... el misterio, y duda, y mentira.

¡Qué triste viaje  
Aquel que en un sueño se llega á la orilla!  
¡Qué lúgubre suena,  
Para el alma, la voz de la vida!  
¡Qué negra es la sombra  
Si se ha visto la luz purpurina!

JOSÉ MARIANO MILEGO.

Alicante: 1878.

### TUS LÁGRIMAS.

Entre dulces raudales de armonía  
Cien beldades recorren el salón;  
Tú estás allí radiante de belleza  
Y entusiasmado te contemplo yo.

Mil frases con ternura te dirijo  
Que encierran el poema de mi amor,  
Y con desprecios mil las correspondes  
Que llenan de amargura el corazón.

En esto ves en el salón al hombre  
Que de las damas es la admiración,  
Al que la moda su voluble imperio  
Un tiempo caprichosa le otorgó.

En vano tus sonrisas le reclaman,  
En vano endulzas tu sonora voz,  
Pues con fría expresión de indiferencia  
Responde á tu fingir arrobador.

Líquida perla salta á tu mejilla  
Que colorada luego apareció,  
Cual súbito aparece tras las nubes  
El ardoso y refulgente Sol.

Los que vieron tus lágrimas creyeron...  
Que un misterio envolvían de dolor,  
Más quien supo la causa verdadera,  
Ha sufrido una amarga decepción.

El sentimiento que ellas encerraban,  
Era el despecho atroz que te causó,  
No destrozó más corazón que el mío...  
Con el encanto que te diera Dios.

JOSÉ JUAN JAUMEANDREU.

Barcelona, 1878.

### RIMAS.

#### I.

Á tí te mata el tedio de la vida,  
El sentimiento de existir á mí;  
Unamos nuestros tristes sentimientos  
Y se unirán dos almas al morir.

#### II.

Me hablaron de ella y no la conocía,  
Pero yo la admiré;  
Cuando ya en su presencia la he escuchado  
Ay! entonces lloré!

#### III.

Ansiaba el sueño de la dulce muerte  
Y no pude morir;  
¡Qué desdichado soy que ni aún la muerte  
Se conduce de mí!

#### IV.

En la triste mansion de los misterios  
Donde los muertos moran,  
Están vivas las sombras de los tristes  
De los que hermanos lloran.

#### V.

Estoy enamorado de tal suerte  
Que hasta en las sombras miro una mujer;  
Mas si ella se presenta deslumbrada  
Sólo la escucho, y no la puedo ver.

LUIS F. DEUS.

## LITERATURA EXTRANJERA.

JACOBO WATT.

(Traducido del italiano para el CÁDIZ.)

JACOBO Watt, nació en Greenock, Escocia, el año 1736, y creció enfermizo y de complexión delicada. Su padre era mecánico y comerciante, y en el despacho de éste fué donde Jacobo empezó á demostrar su afición á cierta clase de trabajos.

Observador en extremo, ora fijaba su atención en un instrumento, ora en otro; hoy en un cuadrante, mañana en unos compases; y no contento con lo que acerca de ello le decía su padre y le enseñaba, se dedicó á estudiar las matemáticas y la mecánica, que era lo que más le agradaba para lo que demostraba mucha disposición.

A los diez y ocho años marchó á Londres, en donde aprendió á construir instrumentos matemáticos; y vuelto á Escocia al cumplir los veinte y uno, fué nombrado fabricante mecánico de la Universidad de su país, proporcionándole esto la amistad de los profesores de ella, y á la vez, con tal motivo, varios trabajos particulares que le dieron á conocer como hombre inteligente.

Entre los varios encargos que le hicieron fué el de la construcción de un órgano, encargo que desempeñó á satisfacción de los que se lo habían hecho, aunque con gran trabajo por haber tenido necesidad de estudiar las leyes de los sonidos, de los que sólo había adquirido ligeras nociones en Londres, y sin las cuales no habría acertado á hacer nada, á pesar de sus conocimientos en mecánica y física.

Los profesores de Glasgow tenían un modelo de la máquina de Newcomen, del que se servían para enseñar á sus discípulos y hacerles comprender cómo se había empleado el vapor obtenido por el hervor del agua para imprimir un movimiento de arriba abajo, de alza y baja, en una máquina y ésta transmitir ese mismo movimiento á los talleres para la confección de varios objetos.

Este modelo se inutilizó al fin, y dado á componer al mecánico Watt, ántes de dedicarse á él lo estudió detenidamente, y pudo comprender cómo estaba construido, y la fuerza que desplegaba allí el vapor. Compuesta la máquina de modo que volvió á regir perfectamente, observó que para ponerla en movimiento se requería mucho fuego, y que por esto se hacía muy costoso su uso, perdiéndose además una parte del vapor inútilmente; es decir, que se producía una fuerza de la que despues no se servía.

Este pensamiento se posesionó de su mente, y, como era natural, deseó encontrar el modo de quitar estos inconvenientes y perfeccionar así la máquina de vapor. No economizando estudios y meditaciones, sin embargo del poco tiempo que tenía para ello, vino finalmente su ingenio á construir el modelo de la máquina, modificado como pensaba.

Hecho el modelo vió que era verdaderamente acertado para economizar el vapor y hacerlo operar sobre las caras interna y externa del émbolo, y además transmitir un movimiento, no como se hacía ántes, de sube y baja, interrumpido, sino un movimiento rotatorio y continuo aplicable á toda clase de máquinas.

Watt, en secreto, había dado un gran paso, pero nadie se ocupaba de él ni de su invento, pues carecía de dinero para poder construir una máquina de mayor tamaño que su modelo, y de esta manera dar á conocer las ventajas de valerse de ella en lugar de la otra, con ménos gasto y con más utilidad.

Pasaron diez años, durante los que Watt tuvo necesidad de continuar ocupándose en hacer compases, cuadrantes é instrumentos de música, para poder vivir él y su familia, á pesar de la riqueza de los conocimientos que poseía y que á haber tenido recursos pecuniarios habría esparcido por todo el mundo y dejado de ser pobre, y de vivir como vivía en continua zozobra, temiendo llegara un día en que la muerte le sorprendiera y su descubrimiento permaneciese ignorado por todos. En aquellos diez años adquirió, sin embargo, gran nombre, por lo bien que había hecho los referidos objetos y otros de más importancia, conquistándose por ello una gran reputación.

Por último, debido á su buen nombre se asoció á él Mateo Bolton, célebre industrial de Birmingham, y establecieron una fábrica de máquinas de vapor, del nuevo sistema inventado por Watt.

Muy pronto sus máquinas fueron buscadas por todos, aplicadas á varios talleres, y primero que ninguno en el de Arkwright para la hilandería del algodón.

Pocos años despues la caja de la sociedad acumuló grandes capitales, y la fortuna de Watt creció extraordinariamente, no sin haber tenido al principio que combatir bastante contra la envidia y el espíritu de oposición de la mucha gente que acogía mal su máquina y que pretendían quitarle el mérito de haber sido su inventor.

Más tarde (en 1800) triunfante ya de toda clase de intrigas, disgustos y sufrimientos, se retiró al tranquilo puerto que le brindaban el amor y la paz de la familia. No obstante su fortuna y su vejez, continuó su vida de estudio y de trabajo, dando por resultado mayor perfeccionamiento á su máquina y á otras que se le presentaron. En suma, Watt hizo que la mecánica progresase y sirviese á la industria.

En 1819 dejó de existir con sentimiento de toda Europa, por la pérdida de un hombre que á fuerza de estudio y trabajo le había legado tantos beneficios, y preparado otros mayores.

EMILIA QUINTERO Y CALÉ.

Lugo: 1878.

## UN CARMELITA,

POR

J. M. GOMEZ COLON.

No llovía, pero la indecisa pálida claridad de la luna pugnando por abrirse paso entre las nubes que amontonadas se cernían sobre la coronada villa de Madrid, permitía ver más que las éticas luces de los faroles, como el abandono de la corte dejaba convertir sus calles en lodazales, tan luego caía la lluvia ó la nieve en aquellas que, por ser de las del rey, deberían haber merecido más esmero de alcaldes tan realmente empleados en semejantes oficios.

No había sido la lluvia causa de aquellos lodos, sino la nieve, cuyos restos, perdida la blancura de su origen, parecían extendidos por las calles, cual el ensuciado espejo donde se miraba el revuelto cielo de la villa.

Todavía las escurriduras de los tejados, vertiéndose por los hilos de plata de la nieve helada, chorreaban sobre las aceras, haciendo más penoso el tránsito por aquellas vías, que bien se les dice arroyos.

Dos mujeres, muy arrebuajadas en sus mantos, apenas si dejando ver algo de unas blanquísimas frentes, y allá entre el confuso de revueltos pliegues, unos brillantes, grandes y vivarachos ojos, corrían, que no andaban, arremangadas las faldas hasta donde las limpias y estiradas medias dejaban sin sobresalto ver dos, no, cuatro hermosas torneadas pantorrillas, cuya extremidad eran unos pies, no pequeños, pero sí cuidadosamente calzados con unos zapatos que, á despecho del lodo, dejaban adivinar la pulcritud y la coquetería de aquellas jóvenes.

Pues aunque la cara de las corredoras estuviese tapada, la ligeresa de su paso, el donaire de su garbo, y aquellas medias y aquellos pies, y aquello que se veía, y aquello que se adivinaba, dejaban comprender la juventud de las tapadas.

Entraron resueltas por la calle de Toledo, pero al llegar á la plazuela de la Cebada, se detuvieron ambas de improviso, y como contenidas por una misma causa.

Allí, por cima de las renegridas y desiguales cobijas de los puestos, se alzaban y se veían, con enojo de las sombras, unos palos derechos, inhiestos, amenazadores, como la postrera bárbara demostración de un siglo que se había ocultado en la penumbra del pasado.

¡La horca!

Ante aquel fantasma se detuvieron las dos jóvenes, como la tímida alondra ante el espantajo del labrador.

El espantajo estaba próximo á desaparecer para siempre; pero entre tanto estaba allí y producía pavor.

—Julia, tengo miedo.

—¡Cobarde!

Y la valiente, que tal decía, dejaba comprender por lo trémulo de su voz, que sus ánimos luchaban con su indecisión.

—Adelante, Carolina, adelante, que van á dar las doce, y ese picaro se me vá á escapar.

Y con mano convulsa tomó la de Julia, y tiró de ella con una especie de frenesí, que así podía ser de coraje, como de un impulso de esos con los que se pretende valentía teniendo el susto en el corazón.

Las dos jóvenes, muy unidas y apretadas, tomaron la acera izquierda de la calle de Toledo, y arrimadas á la pared, menudeando más el paso, y tapándose con el manto el lado derecho de la cara, atravesaron la plazuela, deteniéndose ante la posada que había en la esquina.

Estaba la puerta del meson que daba á la plazuela, entreabierta y alumbrada débilmente por un candil colgado de un clavo, allí en un poste de los que sostenían el corredor por donde se llegaba á las cuerdas.

Algunos bultos negros aquí y acullá bajo aquel cobertizo, y sendos ronquidos de hombres, denunciaban la rosca hecha por los arrieros, en donde les cojió el sueño despues de una larga jornada.

Las jóvenes penetraron silenciosamente en el portal, echaron una escudriñadora mirada á lo interior, vieron



una mujer dormida en un banquillo, y tranquilas en lo de que nadie las observaba, pusieron á mirar cautelosamente para el lado izquierdo de aquella parte de la plazuela.

Contigua á la posada habia una casa pequeña, pero la más pintada y bonita de aquellos alrededores. Estaba como las demás con sus puertas y ventanas cerradas; mas en la que precisamente caía encima de la puerta principal se escapaba un rayo de luz que denunciaba la vigilia de los moradores de aquella vivienda.

Julia y Carolina, que vieron ese rayo de luz, se tomaron las manos y se las apretaron.

Un reloj dió las doce, y los corazones de aquellas jóvenes, aunque por causas distintas, latieron fuertemente.

Pasados unos instantes, se percibió el ruido de un cerrojo que se descorria con precaución; despues la plazuela se iluminó á trechos por una luz suave escapada de una puerta que se entreabría.

Se oyó un beso: volvió la oscuridad; y un hombre embozado en una larga y negra capa y calado el sombrero hasta las cejas, pasó rápidamente por delante del meson; pero no tanto que una mano de mujer no agarrase el embozo de aquella capa al llegar quien la llevaba á la acera de la calle de Toledo, y tirando del paño, no descubriese el rostro del encubierto.

El hombre se quedó como espantado ante aquella para él terrorífica vision.

—¡Infame! ¿me lo negarás ahora? Te aborrezco, te detesto, y ya te acordarás de mí.

Y Julia y Carolina se entraron por la calle inmediata, y desaparecieron en la oscuridad.

El hombre, volviendo de su asombro, fué su primer impulso seguir á las dos mujeres; pero hubo de reflexionarlo mejor, y embozándose de nuevo, y echando una inquieta mirada á la ventana de la bonita casa pintada, tornó á andar con paso más sosegado por la calle de Toledo hacia la Plaza Mayor.

## II.

Grande como un gigante, silencioso como una tumba oscuro como el cerebro de un condenado, estaba el entonces llamado *Palacio nuevo*, no ostentándose, sino ocultándose en las sombras de una noche fria, segun era de sutil y helado el aire que venia de Guadarrama.

Ni los centinelas que rodeaban el palacio de los reyes se dejaban ver fuera de sus garitas: sólo de vez en cuando la grande granada de alguna gorra de pelo, se destacaba de la oscuridad, como indicio de que los granaderos de la guardia vigilaban cuidadosos en torno de la casa de Fernando VII.

El silencio que reinaba, era únicamente interrumpido cada hora por el compasado andar de los soldados al hacer con paso regular el relevo de los centinelas.

Algun ladrido de perro á orillas del Manzanares, y el lejano ruido del rodar de los coches al atravesar presurosos por las pocas concurridas calles, de las inmediaciones, parecían la protesta de aquel silencio en redor de un alcázar de reyes.

En lo interior del palacio, no era ni más animado, ni más bullicioso el aspecto de aquellas innumerables suntuosas habitaciones.

Los alabarderos, los Guardias de corps, los Gentiles-hombres, las damas, las azafatas, los Monteros de Espinosa, todos estaban en sus puestos; pero nada más que en sus puestos, como figuras necesarias de un cuadro regio. Toda la demás servidumbre se hallaba encerrada en sus habitaciones; nadie se aventuraba á pasar por las galerías, ni á cruzar por los pasillos, ni á ir de uno á otro piso del palacio.

Pesaba sobre aquellas gentes una atmósfera de desconfianza política, que hacia de cada uno el supuesto espía de los otros.

Una justificada desconfianza, hacia suspicaces todos los caracteres, sospechosas todas las acciones, dudosas todas las palabras.

La traicion, la denuncia, mantenían el desasosiego en aquellos palaciegos, que no se consideraban seguros ni aún en el seno de su propia familia, dividida quizás en opiniones cuya probanza producía la muerte ó el destierro.

Se habia sorprendido á un Guardia dándole el título de *majestad* á un infante; y desde entonces, nadie en palacio creía seguro dormir en su lecho.

En aquella régia soledad habitada, solamente un hombre se habia atrevido á presentarse ostensible en las galerías que dan al patio de los infantes, y á recibir de lleno en su galoneado uniforme de guardia de corps, la vacilante luz de la próxima farola.

El guardia tenia la bandolera: estaba, pues, de servicio. Miraba con fijeza hacia el patio.

¿Qué veía?

Nada.

El hielo tenia enturbiados los cristales, y más que en ver se entretenía en seguir con un dedo las grietas que en lo

empañado del vidrio hacia el vapor que se desprendía de los fuegos que por todas aquellas próximas estancias estaban encendidos.

De vez en cuando, aquel guardia, alto, rubio, fornido, de gentil presencia, de retorcido vigote, de hermosos ojos azules, y de un tan bello y varonil talante, tanto cuanto más de una camarista habia suspirado por él, sacaba el reloj y meditaba: quizás impaciente, pues con la lustrosa bota batía el marmóreo pavimento, con más coraje que etiqueta.

Diez acompasadas campanadas, repetidas por un centenar de relojes, hicieron estremecer á aquel hombre, y sacudiendo su hermosa cabeza como el que quiere apartar ideas enojosas é importunas, ó como el que vacilante en una resolucion, toma al fin una irrevocable, se lanzó con apresurado paso por la galería adelante, penetró en el Zaguante descolgó una capa, se embozó, se caló el sombrero, y sin pretender ocultarse, se dirigió á la ancha y hermosa escalera principal; salió á la plaza, y atravesándola, se dirigió hacia el convento de las Salesas.

(Continuará.)

## NOTICIAS.

A continuacion publicamos la interesante carta que el distinguido Ingeniero Sr. Borregon dirige á nuestra Directora, propósito de la Canalizacion del Guadalquivir: como queremos que sean conocidas todas las opiniones que se formulen acerca de este importante asunto, la damos á conocer, á pesar de ser una carta particular:

Dice así:

«Sra. D.<sup>a</sup> Patrocinio de Biedma.

Muy Sra. mia: me he enterado de los adjuntos documentos que bajo un sobre recibí al siguiente dia de la reunion á que tuvo Vd. la amabilidad de invitarme: he examinado tambien el plano hidrográfico y estudio de la cuenca del Guadalquivir, hecho por mi malogrado compañero D. Pedro A. Mesa: mi opinion es la misma que tuve el honor de exponer en aquella reunion.

Que el pensamiento por Vd. iniciado es de una utilidad inmensa para la comarca en que ha de realizarse, y para el país todo, es de una evidencia tan clara que su enunciaci6n basta para que se aprecie en todo su valor.

Que la obra es de posible realizacion, tambien es cosa reconocida por cuantos tengan alguna idea sobre lo que es el río Guadalquivir, y lo que es su cuenca.

Pero una vez aceptada la utilidad y posibilidad, de establecer una vía fluvial á lo largo de aquel río hasta Córdoba, ó tal vez hasta Andújar, al descender al terreno práctico de su realizacion, presentasen varias cuestiones y no á todas puede responderse categóricamente dentro solo de los límites del patriotismo y del buen deseo.

Ante todo, para su gobierno, seria altamente patriótico y de incontestable beneficio para el país realizar por sí esta y otras obras análogas de que tan necesitados estamos; pero Vd. comprenderá que no hay que contar con este medio de realizacion del pensamiento. Tampoco puede contarse con las corporaciones locales; es bien sabido que apenas pueden atender á otros objetos, ménos grandiosos pero más perentorios.

De modo que sólo dentro de la industria privada cabe buscar y procurar los medios de realizacion del pensamiento: y para que una empresa ó particular acometan obra tan colosal, es indispensable que adquieran una gran probabilidad, ya que no una seguridad completa, de que en la realizacion de ella, obtendrán conveniente remuneracion su capital, su trabajo y su tiempo. Sin que de esto estén persuadidos, no habrá uno solo que intente siquiera afrontar las consecuencias de tan colosal obra, aquí donde es dudoso el éxito, aún de las modestas. Es por consiguiente indispensable, ante todo, hacer simpático el pensamiento á los hombres de negocios, y á este fin han de contribuir cuantos se asocien á la iniciativa por Vd. tomada, cada cual en la esfera de su accion social, quienes vulgarizando los posibles resultados pecuniarios en vista de las necesidades del tráfico, que el canal habria de satisfacer; quienes describiendo aquellas comarcas que podrian ser fertilizadas á la par que se realizaba la obra principal; quienes en fin estudiando dentro de nuestra actual legislacion, y dadas las especiales condiciones de la cuestion, cual pueda ser la forma más adecuada, para plantear una especulacion útil, en toda la acepcion de la palabra. Bajo este último punto, tengo el honor de ofrecer á Vd. mi modesta cooperacion: á este fin encaminé con insistencia mis indicaciones al Sr. Sabater; á este fin estudiaré en Madrid más detenidamente el asunto.

Entretanto, sin que yo conceptúe inútil la cooperacion de las corporaciones populares, me permito indicar á Vd. que dadas las condiciones de nuestra administracion, es mejor, mucho mejor realizar pensamiento tan vasto como el que Vd. ha concebido, con absoluta independencia de toda ac-

cion oficial. Perdona Vd. el atrevimiento de esta opinion, en gracia del buen deseo que en pró de la idea por Vd. iniciada anima á su seguro servidor q. b. s. p.—José María Borregon.

Cádiz 28 de Agosto de 1878.»

«S. M. DON ALFONSO XII,

REY DE ESPAÑA, NIETO.

SS. MM. doña Isabel II y D. Francisco de Asís de Borbon, hijos; SS. AA. RR. la princesa de Asturias y las infantas doña Pilar, doña Paz y doña Eulalia, nietas.

SS. AA. RR. los serenísimos señores infantes de España doña Luisa Fernanda y D. Antonio de Orleans, duques de Montpensier, hijos; los señores infantes D. Antonio de Orleans, doña Isabel y D. Luis Felipe de Orleans, condes de París, y doña Cristina de Orleans, nietos; D. Luis Felipe, doña Amalia, doña Elena y doña Isabel de Orleans, biznietos.

Los Excmos. Sres. D. Fernando Muñoz y doña Eladia Bernaldo de Quirós, duques de Riánsares y de Tarazona, hijos; D. Fernando, José, Juan, Cristina, Eladia, Josefa, Rita, Consuelo, Dolores, María y Genoveva Muñoz y Bernaldo de Quirós, nietos.

S. A. el príncipe Ladislao Czartoryski, hijo político, y el príncipe D. Agustin Czartoryski, nieto.

Los Excmos. señores doña Maria del Milagro y D. Filipo del Drago, príncipes del Drago, hijos, y los Excmos señores D. Fernando, D. Francisco, D. Luis y D. Juan del Drago, nietos.

Los Excmos. señores doña Maria Cristina Muñoz, don José Bernaldo de Quirós, marqueses de Campo-Sagrado, hijos, y D. Jesús, doña Maria de la Fuencisla, doña Amparo, doña Ana Germana, doña Maria Bernaldo de Quirós y Muñoz, nietos, participan á Vd. el fallecimiento de S. M. la reina doña Maria Cristina de Borbon y Borbon, acaecido en la ciudad del Havre de Gracia el día 22 de Agosto á las dos y cuarenta de la madrugada, despues de haber recibido los Sacramentos de la Iglesia; y le ruegan que se sirva asistir á su funeral, que se ha de celebrar en la parroquia de San Vicente de Paul de dicha ciudad, á las doce del día 26 de Agosto, en lo que recibirán merced.

De profundis.

Havre de Gracia 23 de Agosto de 1878.»

El concierto dado por los Sres. Heredia y Solis la noche del 30 en el Teatro Principal, agradó á la concurrencia que aplaudia cada una de las piezas, haciéndolo especialmente en la de piano y flauta desempeñada por los citados artistas, y en dos números ejecutados al piano y con acompañamiento de orquesta, por los Sres. Lubet, padre é hijo.

Otros números fueron ejecutados tambien bajo la direccion, uno del Sr. Lubet, padre; otro del Sr. Heredia, y otro por el Sr. Blanco, profesor que se halla al frente de la banda del Hospicio, siendo asimismo dichas piezas bien acogidas por el público.

*El Angel Caído ó la Mujer*, se titula un poema ilustrado con preciosas láminas y grabados que acaba de poner á la venta la casa editorial de los Sres. Góngora y compañía, y que es debido á la pluma del conocido escritor señor Henao y Muñoz. Recomendase esta produccion por su fondo eminentemente moralizador, á la vez que por la sencillez y naturalidad de su estilo. Su precio es el de 20 reales en Madrid, 24 en provincias y 28 en Ultramar y extranjero.

El círculo literario-artístico teatral denominado *Bellini*, de Catania (Italia), ha ofrecido á nuestra Directora el título de sócia correspondiente. Lo agradecemos infinito.

Las funciones que ha dado el Sr. Albarran en el teatro *Principal*, han sido muy aplaudidas del numeroso público que llenaba el coliseo, y esto prueba las grandes simpatías que tiene entre sus paisanos el distinguido actor.

No hace mucho tiempo publicamos unos *cantares* suscritos por nuestra Directora, y dedicados á la pequeña hija de su querida amiga la Princesa Rattazzi, entre los cuales habia dos que decian así:

Pídele á Dios que te haga  
Tan bella como tu madre,  
No pidas más, que Dios puede  
A lo imposible negarse.

Tus besitos perfumados (1)  
Llegan á mí por los aires,  
Y yo te mando los míos  
En el son de mis cantares.

(1) Aludia á una cariñosa frase de la niña.



Pues bien, un periódico publica como *populares*, es decir, hechos por ese gran poeta que se llama el *Pueblo*, las siguientes variantes:

Haga Dios que sea mi hija  
Tan hermosa cual su madre,  
No pido más, que Dios puede  
A lo imposible negarse.

Tus besos enamorados  
Llegan á mí por los aires,  
Y yo te mando los míos  
En el son de mis cantares.

Si al ménos al dejarlos huérfanos no les desfigurasen!...  
¡Cuántos como estos circulan anónimos, y sin embargo: sus autores son muy conocidos!...

Varias publicaciones han dado cuenta á sus lectores de la magnífica vista cromo-litográfica que dimos del Dique construido por la casa A. Lopez y C.<sup>a</sup>, y han reproducido las noticias que tomándolas de un periódico inglés, publicamos acerca de esta grandiosa obra. Les agradecemos las afectuosas frases que con este motivo dirijen á esta Revista.

Hemos tenido el gusto de recibir de nuevo la visita de nuestros estimados colegas *El Constitucional Español* y el *Mundo Político*, cumplido el plazo de su involuntaria suspensión. Deseamos sea la última que sufran.

En el teatro *Principal* se dió el día 6 un beneficio á favor de los huérfanos del tenor cómico Miró, fallecido recientemente. El público correspondió al buen deseo de la empresa, que prueba con rasgos tan generosos sus nobles sentimientos. El Sr. Albarran fué muy aplaudido, al par que elogiados todos por su generoso desprendimiento.

El día 4 del corriente tuvo lugar á bordo del nuevo y hermoso vapor *Reina Mercedes*, de la empresa Olano Larinaga y C.<sup>a</sup>, un elegante almuerzo al cual asistieron varios representantes de la prensa, y muchas distinguidas personas que, aunque algunas de ellas ocupan puestos oficiales, tenían allí carácter particular.

El Cádiz ha de consagrar despues á este buque un grabado, y se reserva para entónces ocuparse en describirlo, pero ántes, y para que no se interprete su silencio, séale permitido dar las más afectuosas gracias á los Sres. Larinaga y Amusatogui (digno representante de la Empresa en Cádiz), por las atenciones prodigadas á su Directora, y lo mismo á los demás Sres. que la demostraron su amistad y simpatía, en sus brindis, en proclamarla *hija predilecta de Cádiz*, y en dedicarle las flores que adornaban la mesa. También agradeció mucho la deferencia con que fué recibida la señorita que la acompañaba.

Como no podía ménos de ser, teniendo en cuenta el nombre del buque, y el recuerdo imperecedero que ha dejado en España el ángel que llevó ese nombre, se dedicaron sentidas frases á su memoria, así como entusiastas plácemes á la Empresa que realiza en bien de todos tales sacrificios, y que tan digna es de toda protección.

La casa editorial de Gaspar y Roig de Madrid, tiene ya en prensa una obra de nuestro ilustrado redactor D. Nicolás Diaz de Benjumea, titulada, *Novísimo epitome de la vida de Cervantes*.

Creemos que el nuevo libro ha de llamar vivamente la atención, como todos los trabajos de tan distinguido cervantista.

## ADVERTENCIA.

Siendo imposible á la Direccion del CÁDIZ admitir todos los escritos que se le dirijen, pues, su numerosa redaccion le ofrece un material exuberante para los tres números mensuales, y sintiendo tener que dar una negativa que ofende á los autores, sin fijarse en la imposibilidad, la Sra. Propietaria ha decidido abrir una *Seccion de remitidos* completamente á la disposicion del público como es costumbre en muchos periódicos americanos, en la cual se publicará todo aquello que no ofenda á la moral ni á las leyes, ni á ninguna personalidad, siendo agena la Direccion y Redaccion del CÁDIZ á las condiciones de esos trabajos que firmarán sus autores, que pueden servir de estímulo á muchos, atendida la gran circulacion del CÁDIZ.

Sea prosa ó verso, los señores remitentes pagarán, adelantado, un real por línea, lo cual satisfará los gastos que proporciona este aumento de lectura.

Dirijirse á D.<sup>a</sup> Patrocinio de Biedma, Cádiz.  
Se admite el pago en sellos ó letras.

## ANUNCIOS.

### CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo quinto de la nueva serie, con la tercera edición de la novela

### LA NUBE NEGRA.

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 5 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo. — *El Velloco de oro y Fea y pobre*, un tomo. — *La manzana de la discordia y El Sueño de la felicidad*, un tomo. — *Madrid por dentro*, dos tomos. — *Anatomía del corazón*, dos tomos. — En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs. — *Fábulas en acción* 7 rs. — *Los Mártires del amor*, 5 rs. — *El escabel de la fortuna*, idem.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LAS LLAVES*, 40 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 43, en Madrid, remitiendo el importe.

### LECTURAS PARA LAS DAMAS.

### BIBLIOTECA

DE

### NOVELAS ORIGINALES

DE

FAUSTINA SAEZ MELGAR.

Precio de un tomo, una peseta en toda España.

Los corresponsales fijarán el precio en el extranjero y Ultramar.

Administracion, calle de Jacometrezo, núm. 61, 2.<sup>o</sup>, Madrid.

### ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

### TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados estensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresion muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto ántes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideracion.

### LA HIGIENE DEL HOGAR

POR

EL DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Esta obra es indispensable para que las familias estén al corriente de todos los permenores de la *Higiene*.

No hay detalle que no abarque, con un estilo claro, sencillo, y segun los principios más severos de la *Higiene*, sin la cual no es posible que en las casas pueda haber salud y alegría.

Es obra que puede servir de consulta para todos los casos, desde el más árduo, hasta el que parezca más trivial. Todas las clases hallarán en ella mucho que aprender, para su utilidad y buen gobierno.

Los establecimientos de enseñanza, los talleres, las fábricas, las embarcaciones y todos los centros donde se reúnan muchas personas no perderán nada en adquirir este libro.

Los médicos, cirujanos y farmacéuticos, harán un servicio á las familias, propagándolo y recomendándolo.

Véndese á 2 pesetas en toda España, pidiéndolo, previo pago, á la Administracion de *La Guirnalda y Episodios Nacionales*, Barco 2, Madrid.

### OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

## LOS DOCE ALFONSOS.

Romancero nacional

POR

D. Ramon Garcia Sanchez.

En prensa ya esta obra y no habiendo de tirar más que el número justo de ejemplares, las personas que quieran recibirla y figurar en la lista de suscritores que encabezan los nombres de SS. MM. pueden dirigirse á la administracion, *Lobo, 12, pral. derecha*.

La obra, elegantemente impresa, se publicará por cuadernos de 32 páginas y cada uno costará 2 rs. en toda España, no excediendo de 16 el número total de ellos.

## NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

## EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodriguez y Rodriguez, bajo la direccion del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía *La Mercantil*, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica produccion de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

## VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

### OBRAS DE TEXTO ESCRITAS

POR

## MARIA DEL PILAR SINUÉS.

LA LEY DE DIOS.—Diez preciosas leyendas basadas en los preceptos del Decálogo. Sexta edición ilustrada con láminas. — Precio, 6 rs.

A LA LUZ DE UNA LÁMPARA.—Coleccion de cuentos morales interesantísimos. Cuarta edición.—Precio, una peseta.

Estos dos libros, que tienen concedidas por el Gobierno de S. M. las más grandes prerogativas, y que acaban de ser el objeto de un brillantísimo informe de la inspeccion especial facultativa de primera enseñanza pública de Madrid (que vá al frente de estas nuevas ediciones), se venden en todas las librerías, y en casa de la autora, calle de Vergara, núm. 4, cuarto tercero izquierda, Madrid.

Segun los pedidos, se hacen considerables rebajas.

COMBATES DE LA VIDA.—Un hermoso tomo en 8.<sup>o</sup> francés, que contiene dos novelas originales de la misma autora, tituladas: *MECERSE EN LAS NUBES*, y *UNA HIJA DEL SIGLO*.—Se vende al precio de 10 rs., en los mismos puntos que las obras de texto.

### OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

*El Héroe de Santa Engracia*, poema épico.

*Guirnalda de Pensamientos*, poesías.

*Recuerdos de un ángel*, elegías.

*Dramas íntimos*, episodios en verso con la biografía de la autora.

### NOVELAS.

*Blanca*.

*Cadenas del corazón*.

*El capricho de un lord*.

*Sensitiva*.

*La botella azul*.

*El testamento de un filósofo*.

*El odio de una mujer*.

*El secreto de un crimen*.

*Las almas gemelas*.

*La flor del cementerio*.

### EPISODIOS.

*¡Dos minutos!*

*Desde Cádiz á la Habana*.

*Una historia en el mar*.

*Fragments de un álbum*.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripcion hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor.

Sacramento, 39 y Bula 5 s.